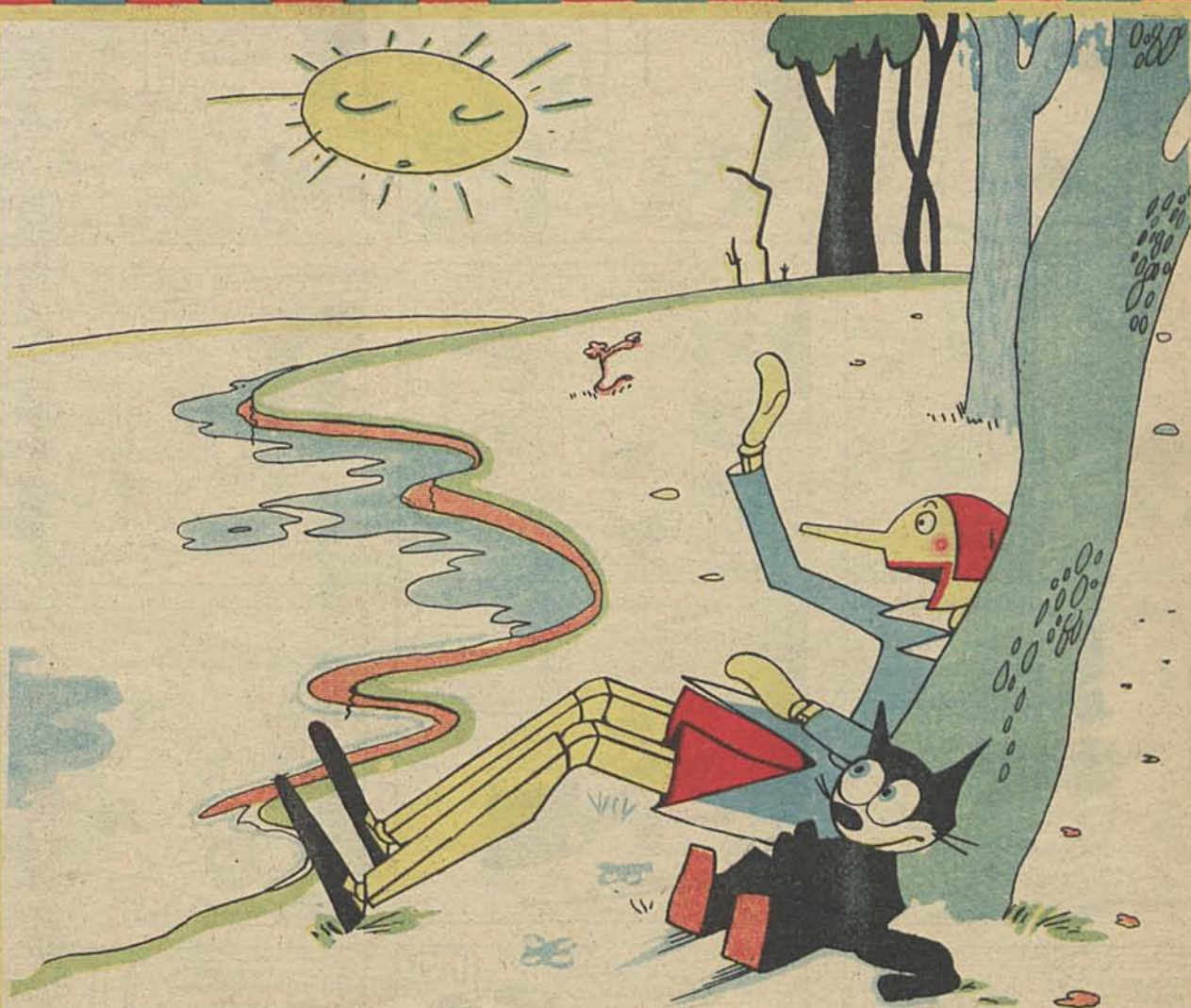


PINOCHO

AÑO VII
NUM. 318

25 cts

22 MARZO
1931



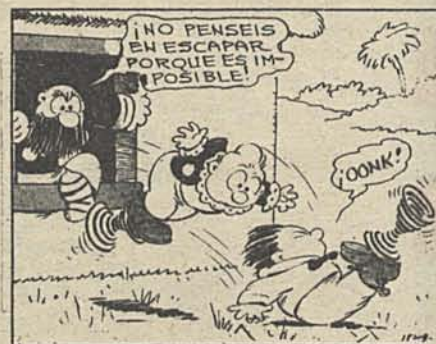
- ¡MORRONGUIS; SI ME TOCA LA LOTERIA, TE REGALO UN GLOBO!
- ¡NO ME FIO! ¡ESA ES UNA PROMESA EN ELAIRE!

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIÁN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAÍSES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón



EN LA FRONTERA DEL FAR-WEST

POR
E. Salgar L



(Continuación)

nadie, porque el *piel roja* es de temperamento muy poco afectuoso, y apenas si toma cariño a su misma prole.

De la mujer no hay que hablar, pues, fuera de contadas excepciones, la desgraciada representa en el hogar el papel de una verdadera bestia de carga, siempre dispuesta a sufrir los peores tratamientos, de los cuales no escapan ni las hijas de los más renombrados jefes.

El pobre caballo, tratado con brutalidad suma, a que no estaba acostumbrado, como hemos dicho, corría a la desesperada, agotando sus últimas energías y saltando más bien que corriendo, en tanto que su boca y narices resoplaban furiosamente.

Sus poderosos cascos golpeaban fuertemente el suelo, y un temblor convulsivo agitaba su hermosa cabeza.

De cuando en cuando se escapaba un triste relincho a través de la espuma que le cubría la boca, relincho que acababa con una especie de gemido que parecía tener algo de humano.

Se hubiera dicho que pedía gracia a su amo, que parecía haberse vuelto en un instante feroz y cruel como no lo había sido nunca con el caballo.

Sordo *Nube Roja* a los lamentos de su fiel corcel, más parecía que experimentaba una complacencia salvaje en verle sufrir.

—¡Es preciso que corras!—gritaba—. ¡Quiero que me conduzcas hasta donde está *Mano Izquierda*!

Y el caballo aun sintiéndose morir, hendía las tinieblas con la velocidad de una bala, con los

ojos inyectados en sangre, la boca babeante y las crines sueltas al viento.

Tan poderoso era el motivo que a *Nube Roja* impelía a buscar a *Mano Izquierda*, que sacrificaba al fiel caballo, al amigo sufrido que tantas y tantas veces le salvara de graves peligros.

Muchas y muchas millas debía de haber recorrido ya con aquella velocidad increíble, cuando el pobre animal dobló las rodillas, lanzando un gemido triste, emocionante.

En aquel mismo momento, los ojos de lince del indio vieron brillar en la oscuridad dos puntos luminosos.

—¡El campamento de los *arrapahoes*!—dijo el indio—. ¡Un esfuerzo más!

El caballo no se movió.

Temblando, cubierto de sudor y agitando los remos en estremecimientos mortales, su lengua ardorosa y seca lamía débilmente el rocío que cubría la hierba.

Después levantó lentamente la cabeza volviéndola hacia su amo, como para lanzarle con sus ojos moribundos un último adiós; al fin, cayó pesadamente al suelo y expiró.

—¡Bah!—dijo *Nube Roja*—. ¡Alguna vez había de morir!

Se cruzó a la espalda el rifle y echó a andar, dejando abandonado el caballo.

Apenas había recorrido doscientos pasos, cuando surgieron de la hierba varias sombras, y *Nube Roja* se vió rodeado por una docena de lanzas y cañones de carabinas.

—¡Alto!—gritó una voz imperiosa.

—¡No me muevo!—respondió *Nube Roja*, cruzándose de brazos.

—¿Adónde vas?

—En busca de *Mano Izquierda*, el gran *sakem* de los *arrapahoes*.

—¿Quién te envía?

—¡Jalta.

—¿La valiente mujer que guía a los *sioux*?
—Sí; la mujer de *Nube Roja*, el antiguo jefe de los *corvis*.

—¿Eres uno de sus guerreros?

—Soy *Nube Roja* en persona.

El hombre que le había interrogado, y que permanecía oculto entre la hierba, se adelantó, separando a los guerreros de las lanzas y las carabinas, y saludó al recién llegado, diciendo:

—Yo soy *Mano Izquierda*, *sakem* de los *arrapahoes*. ¡Salud al esposo de Jalta! ¡Ya era tiempo de que los dos grandes *sakems* se conocieran! ¡Encended las antorchas!

CAPÍTULO VI

Jalta

Pocos instantes después, la oscuridad que rodeaba a *Nube Roja* fué sustituida por la vivísima claridad proyectada por seis mechas de *ocote* que otros tantos guerreros acababan de encender.

Mano Izquierda, el gran jefe de los *arrapahoes*, que se había conquistado con su bravura una terrible fama, no sólo en el Utad, sino más allá de las fronteras de Méjico, se adelantó hacia el marido de Jalta, tendiéndole ambas manos.

Aquel terrible guerrero, que tanto había dado que hacer a los blancos, y que debía más tarde caer en la emboscada del coronel americano Chivington, comandante del tercer regimiento de voluntarios del Colorado, así como otros famosos jefes indios, era un hombre gigantesco, capaz de luchar sin armas, y de vencerle, contra un oso gris de las Montañas Rocosas.

Su cuerpo, desnudo hasta la cintura, mostraba un número infinito de señales que a primera vista parecían tatuajes, pero que en realidad eran cicatrices de heridas que recibiera en más de cien combates, de los cuales siempre había salido victorioso.

Adornaba su cabeza un círculo de oro terminado en un gran grupo de plumas, y de plumas

era también el extraño adorno que desde ambos lados de la cabeza le bajaba hasta los pies, formando una doble y flotante banda de vivísimos colores.

Llevaba calzones de paño a la mejicana, abiertos por abajo para dejar ver las polainas de piel, vistosamente recamadas.

Alrededor de la cintura ostentaba como adorno, o mejor dicho como orgulloso trofeo, veinte cabelleras humanas, rubias, castañas y negras, arrancadas a otros tantos enemigos.

—¿Mi hermano no tratará de engañarme?—reguntó el guerrero, después de mirar atentamente a *Nube Roja*, que con su traje de *gambusino* podía muy bien infundir sospechas.

—Te he dicho que me manda Jalta, y que Jalta es mi mujer. En la pradera saben todos que hace muchos años se casó Jalta con un jefe de los *corvis*.

—También lo sabíamos nosotros—dijo *Mano Izquierda*—. Pero como no vistes el traje de los hijos predilectos del Grande Espíritu ni te he visto antes de ahora, por eso dudé.

—Visto así para poder viajar, como lo he hecho, con una caravana de rostros pálidos.

—Tú eres astuto y prudente; y así deben ser todos los grandes *sakems*, sean *sioux*, *chayennes* o *arrapahoes*. Que mi hermano me siga, y acepte la hospitalidad del jefe de los *arrapahoes*. En mi *wigwam* hablaremos mejor que aquí.

—Estoy pronto a acompañarte, si bien tendré que ir a pie, porque mi caballo ha muerto.

—Los caballos no faltan entre los *arrapahoes*.

Cambió con sus guerreros algunas palabras a media voz, y después ofreció a *Nube Roja* un hermoso caballo negro, de pelo luciente y fino como la seda, y enjaezado a la mejicana, diciendo:

—Lo montaba ayer mañana un buscador de oro a quien sorprendí y maté a pocas millas de aquí. Si mi hermano mira bien, verá su cabellera colgando de la silla.

Otros caballos avanzaron, y los guerreros,

(Continuará en el próximo número.)



CON CHUFITA Y PERICUELO SE PASA LA VIDA AL PELO

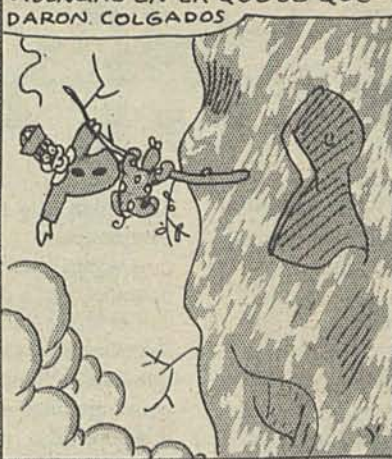


CONTINUACION

ROTO EL CABLE QUE LOS SOSTENÍA, CAYERON CHUFITA Y PERICUELO AL FONDO DEL ABISMO



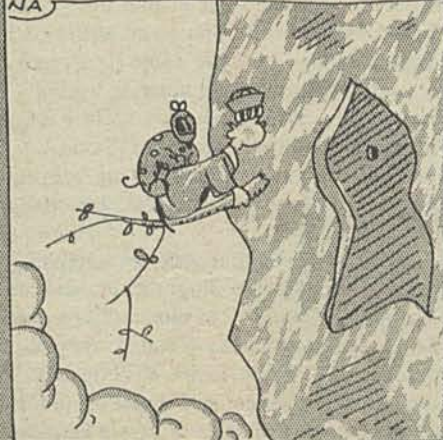
Y EN EL FONDO SE HUBIERAN ESTRELLADO A NO SER POR UNA RAMA PROVIDENCIAL EN LA QUE SE QUEDARON COLGADOS



CUCALÓN SALTABA DE ALEGRÍA. "A ESTAS HORAS, SE DECÍA, ESTÁN HECHOS UNA TORTILLA" "SE ACABARON CHUFITA Y PERICUELO PARA SIEMPRE"



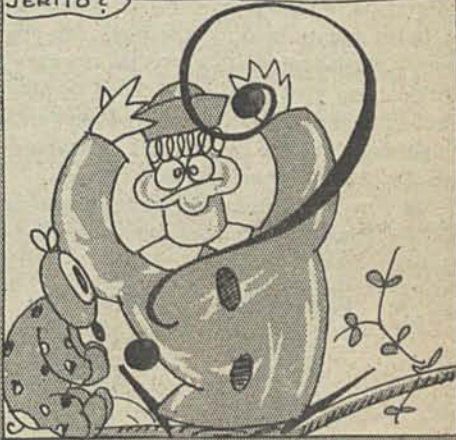
PERO ESTO ERA TAN SOLO UNA ILUSIÓN DE CUCALÓN. CHUFITA Y PERICUELO DESCUBRIERON EN LA PARED DE LA ROCA UNA COSA EXTRAÑA



UNA PUERTA DE HIERRO EN LA QUE HABÍA UN AGUJERO. PERICUELO MIRÓ POR ÉL Y.....



...POR POCO SE QUEDA TONTO DE ASOMBRO ¿A DÓNDE COMUNICABA AQUELLA PUERTA? ¿QUE ES LO QUE PERICUELO HABÍA VISTO POR AQUEL AGUJERO?



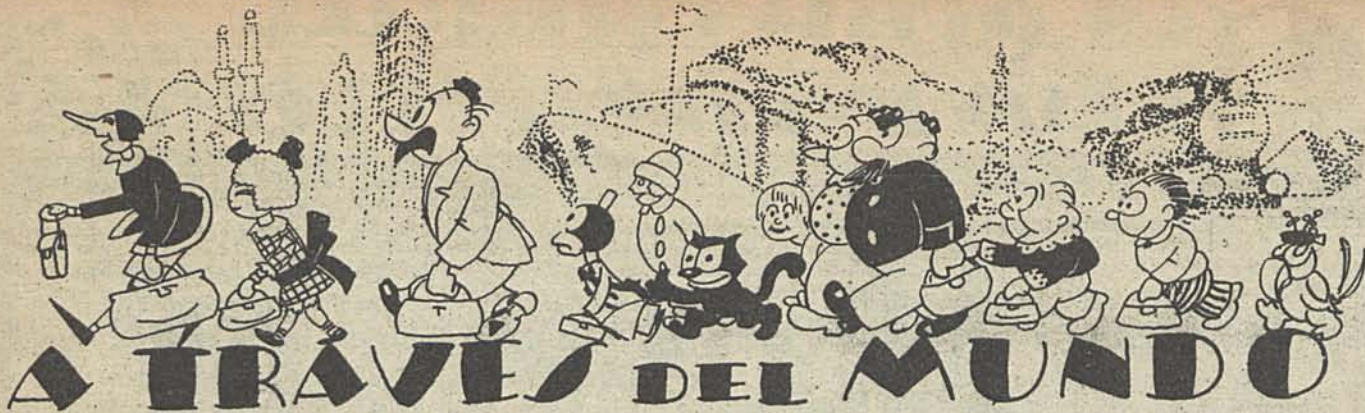
UNA VERDADERA MARAVILLA. UN PALACIO DE ENSUEÑO BAJO UNO DE CUYOS ARCOS PENDÍA UN REFULGENTE CARTEL DE ORO QUE DECÍA "REINO DE LOS TESOROS"



PERICUELO APRETÓ UN CLAVO QUE HABÍA EN LA ROCA Y EL PORTALÓN DE HIERRO SE FUE ABRIENDO LENTAMENTE HASTA DEJAR EL PASO LIBRE



CONTINUARA



LOS COW-BOYS DEL FAR-WEST

Al abandonar Nueva York, donde los ilustres viajeros del aerobús recibieron agasajos y atenciones a granel enfilaron la dirección noroeste con rumbo hacia las Montañas rocosas.

Como la velocidad de esta aeronave es vertiginosa, superior a todas las velocidades conocidas, en pocas horas se hallaba el globo sobre la cadena de gigantescas montañas que lleva el nombre antes indicado.

El sabio buho, como siempre, fué requerido por los expedicionarios para que hiciese uso de la palabra y éste, tan complaciente, tan ameno y tan conocedor de todos los casos y cosas, calóse las gafas y encaramado sobre su pequeña tribuna comenzó su charla.

—Estamos, queridos camaradas, sobre el país de los hombres de las aventuras. Los cow-boys, tan popularizados por el cinema y por las historias y novelas del Far-West. Ciertamente, su destreza y su bravura merecen tal popularidad.

Puede decirse que estos hombres son verdaderos centauros, pues sobre su caballo hacen tales habilidades que parece que hombre y caballo forman un solo cuerpo.

Estos cow-boys viven en ranchos que sitúan junto a los espacios llanos que se abren en los valles de las Montañas rocosas.



Voy a leerlos la descripción que de ellos me hizo un amigo periodista que fué al país de los cow-boys para estudiar sus costumbres.

«Después de cuatro días de viaje en tren llegué a Carlton pequeña aldea donde alquilé un buen caballo para poder llegar con él hasta uno de los ranchos de cow-boys. Hice noche en aquella aldea y, después de cenar, me marché a un cafetuchito que estaba lleno de cow-boys. Me acomodé en un rincón de aquel maloliente local y dispuse sobre el mármol de la mesa mis cuartillas para ir esbozando mis primeros trabajos de cronista del Far-West.

Apenas había mojado mi pluma en el tintero, se oyó el estampido de una detonación y el tintero, sobre el que hacía un segundo había colocado mi mano, saltó hecho pedazos desparramándose la tinta por las paredes, por el mármol y por mi propio cuerpo. Un balazo había hecho blanco en aquel cacharrito de cristal y al propio tiempo una voz como de trueno me llamaba: ¡Extranjero! ¡Ven acá a tomar un vaso de whisky!

Era el que me llamaba un mocetón de dos metros de alto que se metía en el cinto un pistolón humeante todavía.

Mostré una gran sangre fría y, sin alterarme, me acerqué a él y tomé de su mano un buen vaso de whisky. Mi serenidad me granjeó la simpatía de aquel gigante.

Poco después se organizó dentro del café un campeonato de «fuego» y he aquí el espectáculo singular, emocionante y extraordinario de que fui testigo. Un muchacho joven se había sentado delante de una mesa y había apoyado el codo de un brazo sobre el mármol. Entre el dedo índice y pulgar sujetaba una carta, el cinco de corazones (equivalente por su figura al cinco de copas de la baraja española). A unos veinticinco metros de distancia se había situado un tirador con su pistola. A la señal de una palmada abrió el fuego e hizo cinco disparos consecutivos. ¡Las cinco balas habían traspasado sucesivamente los cinco corazones de la carta!

Yo no sabía qué admirar más; la destreza del tirador o la sangre fría del muchacho que sostenía la carta.

Después del quinto disparo presentó la carta de canto y una bala la partió en dos mitades.

Aquella misma noche trajeron al cafetín un muchacho al que había que quitar el miedo a las balas. Lo colocaron con la espalda pegada a la pared, como un Cristo, con los brazos abiertos, y varios tiradores, situados a más de treinta metros la emprendieron a tiros con él. Después de un centenar de disparos el muchacho fué retirado de la pared sin haber sufrido el menor daño, pero su figura había quedado siluetada en el muro con los impactos de los proyectiles.

Estos soberbios tiradores son también unos hábiles



lanzadores del lazo. Esta cuerda les sirve lo mismo para dar caza a caballos o toros fugitivos que como arma de guerra. Es un soberbio y temible instrumento para cazar hombres.

El mayor enemigo del cow-boy es el indio piel roja, porque constantemente se les introduce en los ranchos durante la noche y les roba ganado o lo que puede.

Al día siguiente de aquella noche que pasé en el cafetín fui invitado por el mocetón que destruyó mi tintero a una cacería de indios. Habían bajado de las montañas unas docenas de pieles rojas y habían hecho un saqueo en el rancho de los cow-boys, mientras éstos hacían alarde de su destreza en el manejo de las pistolas. Además, el exceso de whisky los había entregado a un profundo sueño que los indios aprovecharon para despojarlos de gran parte del ganado que guardaban en el rancho.

Cuando el saqueo fué descubierto, se organizó en seguida un pequeño ejército de voluntarios entre los cow-boys más valientes y decididos.

A ellos me incorporé y sin perder tiempo emprendimos la marcha.

Al cabo de unas horas descubrimos a lo lejos un grupo de indios que marchaban a trote largo llevando delante de ellos como una veintena de caballos de los que habían robado en el rancho.

Los cow-boys, ocultándose entre los riscos hicieron una maniobra; se desplegaron para cercar a los ladrones.

Pronto el cerco se estrechó y se vieron por los aires las cuerdas de los lazos. Ni uno solo dejó de hacer presa. El anillo de los lazos aprisionaba los cuerpos de los indios, los arrancaba de las sillas de los caballos, los tiraba al suelo y los sujetaba fuertemente, inutilizándoles los brazos que quedaban adheridos al cuerpo.

¿Qué ocurrió después? Recuperado el ganado robado fueron juzgados los indios sobre el terreno y se les condenó a la horca. Sus cuerpos quedaron colgados de sendos árboles, y el «shérif» (comisario de policía del rancho) redactó un proceso haciendo constar que los indios se habían

suicidado colgándose de los árboles. Y todo terminó ahí. Los cow-boys son, generalmente, americanos de pura raza y forman agrupaciones equivalentes a la del tercio de extranjeros en los ejércitos.

Es decir, que abundan mucho los jóvenes de buena familia que, teniendo cuentas pendientes con la justicia, quieren comenzar una nueva vida, y se alistán como cow-boys.

Su medio de vida, que si no fuese por las incursiones de los indios ladrones, no necesitaría de la violencia para nada, es la cría de ganado caballar y bovino. En algunos ranchos llegan a reunir rebaños de 20.000 bueyes.

Llegada la época de ferías se acercan a las ciudades donde dan salida a su mercancía, obteniendo en el mercado pingües rendimientos. Después de la venta de su ganado vuelven a los ranchos donde, aparte sus aficiones a deportes arriesgados (a base de pistola, lazos y caballos) se desliza su vida con relativa tranquilidad, exceptuando los primeros días que siguen a los del regreso de los mercados que son muy pródigos en riñas e incidentes desagradables debidos a la holganza que les proporciona la falta de ganado y al exceso de dinero de los bolsillos. Pero esto debe atribuirse más que a los cow-boys al whisky, a la ginebra y otras bebidas alcohólicas.

Al llegar a este punto de la charla la luna empezaba a asomar su redonda cara por el horizonte y las candilejas de las estrellas brillaban ya todas en el cielo. Se hizo de noche y cada mochuelo se retiró a su olivo.

Que descansen y hasta otro día.





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



ES MARAVILLOSO, CURRINCHE. SE VE LA LUNA COMO SI LA PUDIERA UNO TOCAR CON LA MANO

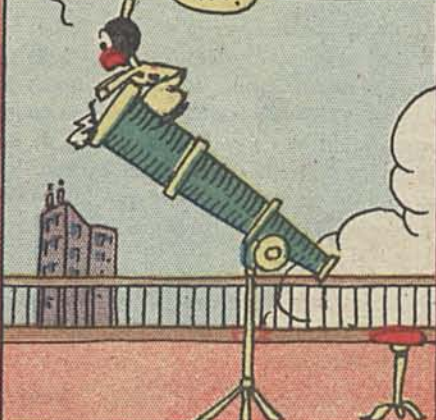


BUENO; PERO NO LA TOQUE NO SEA QUE LE DIGAN ALGO

VOY CORRIENDO A PONERME EL GORRO DE ASTRÓNOMO PARA ESTAR MAS EN CARÁCTER



¡MENUDA SORPRESAZA SE VA A LLEVAR DON TURU CUANDO VUELVA!



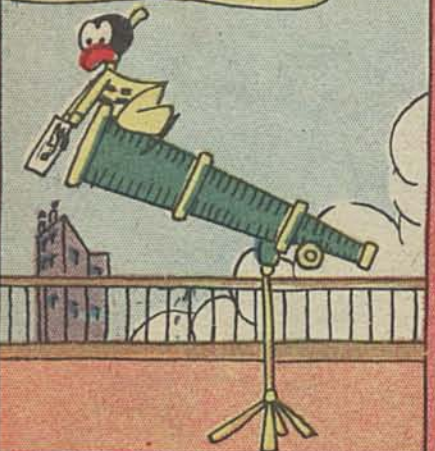
¡PERO OYE! ¡SI ESTOY EN LA LUNA! MIRA, MIRA, Y ME VERÁS! ES QUE USTED ES UN HOMBRE POPULARÍSIMO



VOY CORRIENDO A BUSCAR A MI AMIGO DON EPICETO PARA QUE ME VEA EN LA LUNA ¡VAYA ENVIDIA QUE LE VOY A DAR!



SE HA IDO SIN QUERER, DARME UN QUITO PARA UN PIRULÍ. ¡MI VENGANZA SERÁ TERRIBLE!

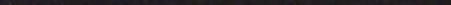
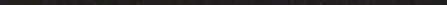
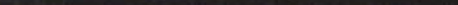
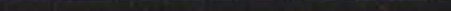
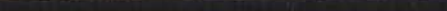
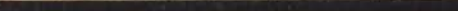
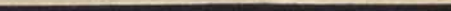
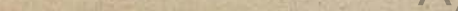
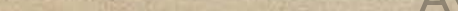
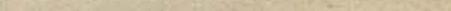
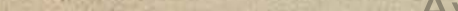
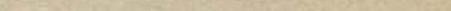
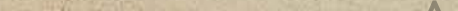
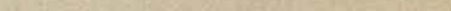
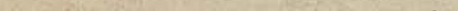


¿ME VE USTED EN LA LUNA, DON EPICETO? PERFECTAMENTE. SE LE CONOCE A USTED EN SEGUIDA





COLORÍN y su PANDILLA



CUENTOS DE CALLEJA

Castillo

POCA PUPA



ON Procopio Poca Pupa era un sabio de verdad; porque también los hay de mentirijillas, y a los cuales hay que creer bajo su palabra.

Uno de éstos era don Tadeo Todo Teñido, con la cabeza hueca como una calabaza, pero con más pretensiones que los siete sabios de Grecia juntos.

Como todos los necios, era vanidoso, y siempre hablaba en tono doctoral, aun de las cosas más sencillas.

Vivían don Procopio y don Tadeo en la misma casa: el necio en el principal, y el sabio en un quinto piso, con honores de buhardilla.

Mucha gente, a quien atraía la justa fama de don Procopio, llamaba en el cuarto de don Tadeo por culpa del portero, un imbécil de tomo y lomo, a quien no cabía en la cabeza que pudiera ser sabio un hombre que pagaba seis duros mensuales de alquiler, cuando podía pagarlos.

—Dun Procopiu!—decía el portero—es un golfu que nun tiene dos pesetas para café; en cambio, dun Tadeu da cada propina..... es un caballerazu que tiene un pie de media vara.

La verdad es que don Tadeo, calabaza y todo como era, había logrado ganar mucho dinero a costa de los ignorantes, que constituyen la mayoría de las naciones.

Cuando alguien llamaba a su puerta preguntando por el verdadero sabio, los criados hacían pasar a los visitantes, algunos de los cuales seguían creyendo a pie juntillas que don Tadeo era don Procopio, y de ese modo acrecentaba su reputación.

Por fin el pobre don Procopio llegó a enterarse de lo que ocurría, y bajando al cuarto de don Tadeo, penetró en el despacho, donde el otro ni siquiera se levantó para saludarle.

—Lo que hace usted es indigno de una persona decente—exclamó lleno de indignación—. Ha tomado usted mi nombre para decir los desatinos que a

usted se le ocurren, y, en cambio, ha dicho usted que son tuyas mis ideas. Pero esto se evita de un modo: mudándome de cuarto y marchándome ciento cincuenta leguas de aquí.

—Es inútil—dijo don Tadeo—porque aunque yo nada sepa, tengo quien me guarde las espaldas.

Y diciendo esto, cogió una campanilla de oro que tenía sobre la mesa y la sonó tres veces.

En el momento apareció junto a él un mono dando saltos.

—¿Qué quieres?—preguntó con voz chillona.

—Que le quites la cara a ese hombre y le pongas la mía, y a mí la suya.

Extendió las manos el mono, y en el instante don Tadeo apareció con la cara de don Procopio, y éste con la de aquél.

—Ya puedes marcharte cuando quieras—dijo el falso sabio—porque no mudando de cara, no me perjudicas.

Miróse don Procopio a un espejo, y se desconoció.

—Dame mi cara, bandido—gritó abalanzándose a don Tadeo.

Pero el mono volvió a extender la mano, y el sabio se sintió transportado a su morada.

Al pronto sintió una irritación extraordinaria; pero luego reflexionó, y dijo:

—Después de todo, no me ha podido quitar el entendimiento, que es lo que más falta le hacía; pues yo le daré hilo que torcer. No siento más que con su cara me ha dado un humor herpético molesto; pero yo me cobraré.

Al día siguiente, muy de mañana, salió a la calle don Procopio, y paseando por los jardines, vió llegar hacia él la Princesa Alifafa, cuya fama de inteligente era proverbial. Don Procopio le pidió audiencia reservada y en ella le contó lo sucedido. La Princesa no daba crédito al relato, y hasta llegó a creer que el sabio se había vuelto loco; pero tales fueron las razones que adujo, que al fin Alifafa se decidió a hacer la prueba.





Llamaron a don Tadeo, el cual, con gran desfachatez, afirmó ante toda la corte que era don Procopio Poca Pupa, y que su contrincante era el ignorante don Tadeo, que se había vuelto loco de envidia, y en su locura afirmaba que le habían cambiado la cara.

Todos los cortesanos convinieron en que don Procopio era don Tadeo, y éste, don Procopio; pero el sabio dijo de pronto:

—Ilustre Princesa, para probar que yo soy el Procopio de siempre, aunque con otra cara, sométase-nos a las siguientes pruebas: que diga por escrito el nombre de sus padres y abuelos, de dónde eran, y cuáles fueron sus profesiones, los estudios que ha hecho y en dónde y quiénes son sus íntimos amigos. Yo haré lo propio, y ya veremos quién dice la verdad.

Encerraron a cada uno en habitación separada, y don Tadeo no se molestó en escribir, sino que tocando tres veces su campanilla, hizo aparecer al mono, y le dijo:

—Cuando salgamos al salón, cambia este pliego por el de Procopio.

Así fué; tocóle a don Tadeo dar lectura a su escrito, y en él se daba cuenta detallada de todo. Su padre, había sido pregonero, y su abuelo, verdugo. En cambio, don Procopio, al abrir su pliego, lo encontró en blanco.

—Ya veis —dijo solemnemente don Tadeo— cómo la locura de ese hombre me obliga a revelar misterios de familia no muy agradables, y, en cambio, él no se ha atrevido a confesar quiénes son sus padres.

Oyó con desdeñosa sonrisa estas palabras don Procopio, y habló de esta manera:

—Tu misma habilidad te ha perdido, porque sabiendo lo que eres capaz de hacer, he puesto en ese pliego una porción de disparates. Ni mis padres ni mis abuelos han sido pregoneros ni verdugos, y aquí están los testimonios; ni he estudiado, como dices, en la Universidad de Farándula, por la sencilla razón de que allí no la hay ni la ha habido nunca.

Quedó confundido el impostor, y antes de que pudiese

ra responder, fué cogido y atado por los guardias, que al registrarle le encontraron la famosa campanilla. Hízola sonar don Procopio, y, entre la admiración general, apareció el mono.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—Que me vuelvas mi cara y le des a ese bandido la suya.

Así se hizo instantáneamente, y entonces don Procopio dió tan formidable puntapié al mono, que lo hizo caer sobre don Tadeo.

El animal, enfurecido, mordió a éste de un modo lastimoso, y lo arañó hasta dejarlo desfigurado.

Pon Procopio tiró con fuerza al suelo la campanilla y la aplastó de un pisotón, y en el acto el mono y don Tadeo desaparecieron sin saberse por dónde.

La Princesa premió los desvelos del sabio, nombrándole bibliotecario del palacio; y para que en lo sucesivo nadie le confundiera con otro, iba detrás de él un criado gritando:

—¡Paso al excelentísimo sabio don Procopio Poca Pupa, que Dios guardel!

El malvado, aun cuando alguna vez triunfe, al fin perezca víctima de su propia maldad.



ANITA

BUEN-CORAZON



COLABORACIÓN PINOCHISTA DEL MES DE MARZO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Pinocho.—J. Moya



Tanque.—Fernando Pino



Un puente.—Julián Moreno



Rin-tin-tin
Agustín Jiménez



Maruja
E. Elvira Morán



Don Turu.—Una argentinita



Un mejicano.—J. Luis Echániz



Pinocho.—Rafael Melero



Un globo.—Javier Pérez Bultó



Tío-vivo.—G. Virallé



Un aeroplano
Carlos S. de León



Gutiérrez
G. Bojanda



Un castillo
José María Pou



Niñas de primavera
Julita Amalia Usoz



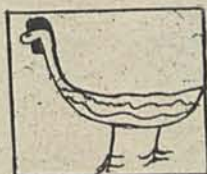
Pinocho
V. Murillo



Mi tío.—J. C.



Currinche
Jesús Orcazard



Un patito
Juan Ledesma



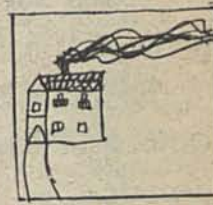
Conquistando a la niñera
Paco Pino



Uno de los mosqueteros
J. E. López Jordá



Retrato
Un desconocido



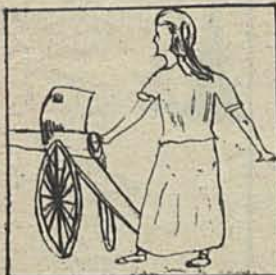
Casa de Pinocho
Mariñol Ferrero



Don Quirolo
A. Barrilero



Un charro
Teresa Ortiz
de la Huerta



Agustina de Aragón
Paco Pino



Don Turu
S. de
Escayola



Un guerrero
Luis Parras



La novia
de Pinocho
Manuel Lozano



Bergantín veloz.—J. Ace



La deportista
J. Amalia Usoz

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE MARZO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

LA CASA DE LABOR



En una casa de labor de los alrededores de Filadelfia, ocurrió el suceso que os voy a relatar a continuación.

Es pues, el caso, que un chivo y dos cerdos que en la citada casa de labor entretenían sus ocios jugueteando alegremente sobre la verde hierba, se vieron desagradablemente sorprendidos con la presencia de una comisión de sabios profesores, que iban recogiendo animalitos para llevarlos a sus escuelas.

Como el chivo y los dos cerdos, en cuestión, no tenían maldita la gana de ir a dar con sus huesos en semejantes centros, se escondieron rápidamente, logrando así burlar a los incansables profesores.

Pero como está muy mal negarse a ir al colegio o tratar de evitar el encuentro con la Ciencia cuando a nuestro paso sale, vosotros, pinochistas portentosos y decididos, debéis poner todos los medios para encontrar al chivo y a los dos cerditos y entregarlos después a los sabios profesores que los buscan.

¿Dónde estarán escondidos los tales animalitos?

Todos sabéis ya, animosos pinochistas, que el deporte de la nieve es en extremo útil y saludable.

En todos los países en que hay facilidad de practicarlo, está bastante incrementada la ejecución de este deporte.

Tanto, tanto se ha extendido, que hasta los seres más extraños e inesperados, se dedican a él.

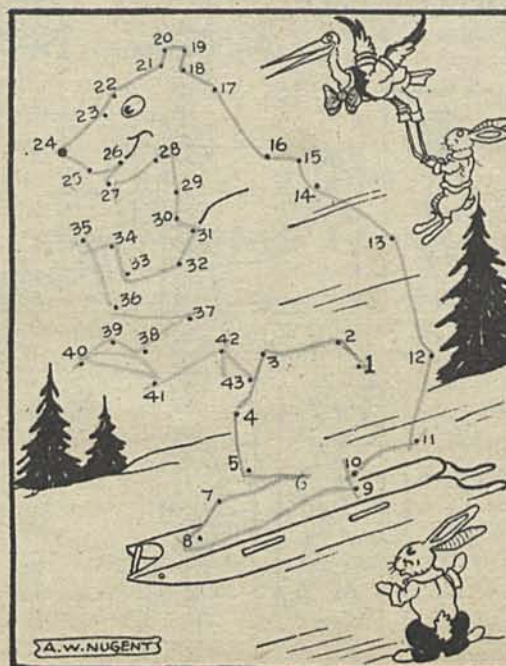
Muestra de ello os da el presente dibujo.

Si unís los números con líneas, os convenceréis de lo que os digo.

La unión ha de hacerse por riguroso orden.

¡Pinochistas, mano al lápiz!

EL DEPORTE DE LA NIEVE



Concurso de problemas y pasatiempos del mes de Octubre

Premios consistentes en libros de preciosos «Cuentos de CALLEJA».

Primer premio.—Rafaelito Ayllon.

Segundo premio.—Ana María del Guidice.

Tercer premio.—María Sesma.

Cuarto premio.—Antonio Cornide.

Quinto premio.—Alfonso Pérez Bajo.

ACCESITS consistente en un DIPLOMA con el emblema de PINOCHO y el nombre del pinochista diplomado:

Francisco Mayán, Escuela de San García, Alfredo Martínez, Marujita Horques, Mauricio Maroto, Pilar García Contreras, Agustín Saracibar, Carlos García Marugan, Petra Camacho, Antero de Millo y Arturito Pastrana.

Los Pinochistas premiados podrán recoger sus premios en la Administración de PINOCHO, calle de Valencia, 28, Madrid hasta pasado un mes de la publicación de este número. Para entregar cada premio se exigirá a cada Pinochista que entregue su retrato para publicarlo en la Revista. Los que deseen recibir su premio en su casa (sea en Madrid, en provincias o en América) deberán escribir a PINOCHO, Apartado 447, Madrid, reclamando el premio que les haya correspondido, acompañando igualmente a la carta su retrato y añadiendo una peseta en sellos para gastos de envío del premio.

Los Pinochistas premiados con accésit deberán reclamar por escrito su diploma y enviar cincuenta céntimos para gastos. No se exige su retrato; pero podrán, si quieren, enviarlo para que se publique con la mención «Premio con accésit».

Premios a la colaboración pinochista del mes de Octubre

Premios consistentes en libros de preciosos «Cuentos de CALLEJA».

Primer premio.—Santos Pinillos.

Segundo premio.—Carmen All.

Tercer premio.—José Gerbolás.

Cuarto premio.—T. González.

Quinto premio.—Carmen Reyes.

ACCESITS consistente en un DIPLOMA con el emblema de PINOCHO y el nombre del pinochista diplomado:

H. Romero, Ricardo Lucena, Jaime Silva, Un desconocido, S. Torre, P. Salamanca, Cecilia Medina, Titi Pérez, Santiago Virallé, Clotildín, Pich, María Cruz Fortanet, Juanito de la Serna, José María Pou, Paco Pino, Carmen E. Morán y Victoria García.



CORRESPONDENCIA

Los Pinochistas que me escriban para que les conteste en esta CORRESPONDENCIA tendrán que esperar las respuestas unos tres meses (o más cuando haya aglomeración de cartas) por la anticipación con que es necesario enviar el original a la imprenta para que recibáis la Revista sin retraso. Los que tengan prisa y deseen que les escriba en carta particular, deberán enviar con la suya cincuenta céntimos en sellos.



F. DE PABLOS RUBIO.—Muy requeleblén hecho tu muñeco. Se publicará en cuanto le llegue su turno. Abrazos.

FRANCISCO P. MIRAVETE.—¿Que cuál de los dibujos me gusta más? No lo sé, porque los tres me gustan más. Los tres son admirables y los tres irán a las columnas de mi revista. De tus deseos he dado la nota correspondiente. Tuyo incondicional.

RAMÓN ANDRADA.—Tus dibujos «En el campo» y «Don Turulato», están ya en la cola esperando turno. Son francamente maravillosos. Manejas el lápiz como los grandes maestros del arte. Enhorabuena y abrazos.

JOSÉ MARÍA A. CASCOS.—Hacia tiempo, mi querido y gran amigo, que no veía por aquí trabajos tuyos y ya puedes suponerte la alegría que me habrá causado la llegada de tu barco mercante. Mándame más cosas, para publicarlas también. Abrazos de tu siempre gran amigo.

NICOLAS PEREA.—El traje que le has pintado a don Turu es algo fantástico; tanto, que éste ha ido con él a un sastre para que a escape le haga uno igual. Hay que reconocer que es un traje elegante, decorativo y, sobre todo, turulatesco. Muy bien, querido Nicolás. Abrazos.

CONCHITA LOPEZ DÓRIGA.—El honor es para mí, que tengo ocasión de dar a la publicidad un trabajo tan admirable resuelto, como el tuyo. En tu «perro» hay estilización, gracia, soltura y arte, por arrobos. No te exagero n tanto así, queridísima Conchita. Tu gran amigo.

FRANCISCO FONT.—Esos animales que dices hay en la luna, yo no los he visto, pero si alguien asegura que existen, él sabrá por qué lo dice. Puede que tenga razón. En la Tierra los hay, algunos tan bonitos como la linda jirafa que acompaña a tu alarmante carta. (Lo de alarmante lo digo porque el rojo es color de alarma, y roja es la tinta con que está escrita). Tuyo incondicional.

JOSÉ LUIS GUERRA.—He recibido las soluciones y los dos lindísimos dibujos que me mandas. Estos y los que anteriormente me enviaste, saldrán en mi revista en cuanto les llegue su turno. Tuyo siempre.

Pinocho



SECCIÓN PIRULA

CUENTOS DE PIRULA

Las aventuras del renacuajo Ranunculin

En la charca de Aguamansa reinaba extraordinaria agitación y entusiasmo, a causa de la coronación del rey Ranicundo XV y de su casamiento con la princesa Ranilina.

Junto a la yerba se sirvió un soculento banquete de moscas y lombrices, con salsa de hojas secas y acompañamiento de jazz-band por la orquesta de los Hermanos Grillini.

Además de todos los aguamanses, ranas, ranos, peces, etc., tomaron parte en el banquete los sapos habitantes del vecino reino de Sapilandia.

Las ranas bailaron con ellos animadamente, riéndose de los peces de colores que, siempre glotones, se dedicaban a engullir migas de pan, con voracidad.

Pasó algún tiempo. Los nuevos soberanos gobernaban Aguamansa con sabiduría y dulzura, cuando ocurrió algo terrible. Sus Majestades tuvieron un hijo, un principito renacuajo, al que se le impuso el nombre de Ranunculin; pero este renacuajo, jera azul....

¿Vióse jamás nada más absurdo? ¡Un renacuajo azul! Es algo tan inverosímil como imaginar a Pinocho chato o a una Pirulinda con bigote.... que no sea de natillas o de chocolate.

Los habitantes de Aguamansa se sublevaron y declararon que jamás consentirían ellos en ser gobernados por un rey que no fuese verde, cual corresponde a todo renacuajo bien nacido; una revolución estuvo a punto de estallar.

Ranicundo XV, asustado, se apresuró a reunir el consejo de ministros y estos ilustres ranos declararon que para tranquilidad de Aguamansa y rehabilitación de la corona, era indispensable la muerte del príncipe indigno. Y el rey tuvo que decretar que a la primera lluvia, Su Alteza Ranunculin sería fusilado y sus ancas vendidas en la plaza pública, a esos seres voraces, que se llaman hombres.

Pero Ranilina era rana y madre antes que reina y no podía consentir en el sacrificio de su hijo, por muy azul que éste fuese. Y una noche, cuando todo dormía en Aguamansa, cogió al principito en patas, salió de palacio, saltó sobre la hierba y, tras de andar una gran distancia, tres o cuatro metros por lo menos, fué a depositarlo bajo un árbol.

Allí le dió algunos consejos llenos de cariño maternal y después de suspirar un tierno ¡cloac, cloac! de despedida, se volvió al palacio real.

El pobre Ranunculin echó a andar tristemente, llevando al hombro un

talego con una provisión de lombrices y patas de mosquito, que le había regalado su mamá.

Así llegó a un estanque y quedó deslumbrado; ¡qué grande y qué hermoso era! ¡qué diferencia con Aguamansa, su charca natal! Ranunculin se zambulló en el agua clara y empezó a corretear alegremente entre los nenúfares. Pero no bien los habitantes del estanque le vieron, empezaron a dar gritos de sorpresa y a burlarse de él y de su extraño color.

El pobre renacuajo azul, cohibido y avergonzado, se apresuró a salir del agua. Al llegar al césped, oyó un gemido.

Era una anguila medio asfixiada, que pugnaba en vano para volver al agua. Pero nadie le hacía caso; por lo visto, los habitantes de aquel estanque eran unos egoístas. Pero Ranunculin era servicial y compasivo y con un movimiento de su cola, ¡paf! arrojó al agua la anguila, salvándola así de la muerte. Pero ¡oh sorpresa! al llegar al agua, la anguila se transformó en una ranita lindísima; tenía la piel más verde y brillante que las mismísimas esmeraldas, orejitas de oro y una boca magnífica, tan grande, que casi le daba toda la vuelta a la cabeza.

Se acercó a su salvador y con una voz que parecía el rechinar de una caraca (tal es el ideal de voz en las ranas), dijo:

—Me llamo Ranilinda; una vieja lamprea, algo bruja, envidiosa de mi belleza, me transformó en anguila. Al salvarme la vida, cuando estaba a punto de ahogarme en la tierra, tú, generoso y azulísimo forastero, has deshecho el terrible encantamiento que pesaba sobre mí. Quiero demostrarte mi agradecimiento.

—¿Me vas a volver verde?—preguntó ingenuamente Ranunculin, que no tenía más preocupación que la de cambiar de color.

—Eso no, porque no tengo poder para ello. Pero ¿qué más da? El color nada tiene que ver para ser dichoso en la vida, sobre todo cuando se tiene un corazón tan bueno como tú. Te voy a regalar tres talismanes preciosos, que a mí me dió una hada saltamontes, madrina mía.

Al pronunciar estas palabras, le entregó un pétalo amarillo de nenúfar; un pétalo blanco de margarita y una yerbecita verde y prosiguió:

—Cuando te halles en algún trance peligroso, trágate el pétalo blanco y serás invisible; cuando necesites tener mucha fuerza, trágate el pétalo amarillo y tu fuerza será más de cien veces superior a la de un rano corriente; y cuando desees llegar en seguida a un sitio lejano, cuyo camino ignores, trágate la yerbecita verde y te hallarás en el acto transportado al lugar que hayas deseado.

Ranunculin la contemplaba con arrobamiento; era tan linda la linda Ranilinda, que el pobre renacuajo estaba completamente enamorado. Pero apenas hubo terminado de hablar, la bellísima ranita se sumergió de nuevo en el agua y desapareció. Qué lástima ¿verdad? Sin duda esperabais que el principito le pidiera su pata y se casara en seguida con ella; pero entonces el cuento acabaría en seguida y sería más lástima todavía ¿no?

Aún le han de pasar muchas cosas a Ranunculin y aún tienen que pasar ocho días, pues este cuento os lo acabaré de contar el domingo que viene.

